

Bosquejo de la poesía femenina en El Salvador a lo largo de una centuria: 1880-1980

Franco Cerutti Frigerio
Instituto de Estudios Latinoamericanos
Universidad Nacional

Resumen

El artículo presenta un recorrido por cien años de poesía salvadoreña escrita por destacadas mujeres en el campo de la literatura de este país centroamericano, a la vez que señala diversos temas tratados y hace referencia a los más reconocidos estudios antológicos relacionados con esta producción poética.

Palabras clave: poesía femenina, literatura salvadoreña, literatura centroamericana, mujeres escritoras

Como complemento de someras investigaciones llevadas a cabo anteriormente acerca de la poesía femenina florecida en América Central, si no de la época colonial -en realidad contadas fueron las voces de las escritoras a lo largo de aquel periodo- por lo menos desde los tiempos de la independencia y, sucesivamente, en el siglo XX, nos proponemos hacer, en las páginas que siguen, un sintético bosquejo de los valores femeninos que destacaron en la poesía salvadoreña, grosso modo en cien años. Las acotaciones que a continuación se ofrecen a la atención del lector, se caracterizan por informarse en los mismos criterios que han inspirado las aludidas investigaciones anteriores.

No se trata -dicho con otras palabras- de profundizadas trataciones del tema o de análisis innovadores por la técnica y el enfoque, encaminados a resolver determinados problemas de historiografía literaria aún sin aclarar, como tampoco se trata de esbozar un cuadro exhaustivo de la poesía salvadoreña elaborada por las numerosas poetisas cuyos nombres han llegado hasta nosotros, a menudo rodeados de dudas e inseguridades en lo concerniente a las vicisitudes existenciales de ellas, a quienes, además, a veces, es difícil valorar dentro de un riguroso marco clasificatorio.

El propósito de las páginas que siguen, como de las que hemos dedicado a las

poetisas nicaragüenses y guatemaltecas, es mucho más modesto y se ciñe a orientar inicialmente al eventual estudioso -o estudiante- que se proponga adquirir unos cuantos conocimientos, podríamos decir, “una información básica”, imprescindibles para un más riguroso y metódico estudio de las letras centroamericanas y, especialmente, de aquella poesía que, en atención al sexo de quienes la escribieron nos hemos acostumbrado a definir “femenina”, recurriendo de esta manera, ya desde el inicio, a un ardid metodológico sustentado en la mera comodidad para nuestro trabajo, puesto que hablar de poesía femenina o masculina no tiene algún sentido lógico y, menos aún, estético.

La circunstancia de que estas acotaciones, destinadas como hemos aclarado con anterioridad a “novatos”, por así decirlo -aunque no necesariamente sólo a ellos- explica su carácter por un lado sintético, y por el otro, aunque pueda parecer paradójico el enunciado, prolijo y detallista. Sintético por lo que se refiere a la evaluación específica de los autores, mejor dicho, de las autoras mencionadas; prolijo y detallista por lo que atañe a la información, sobre todo bibliográfica, que se ha tratado de brindar al lector acerca de las figuras reseñadas.

Nos sostuvo, y nos sostiene, en la elección de este criterio metodológico, el convencimiento de que múltiples y de opuesto signo pueden ser los juicios de valor que cada lector, fatalmente, llegará a formular de estas poetisas (como de cualquier escritor), según su personal sensibilidad artística, su conquistada madurez crítica, su capacidad de establecer comparaciones.

Tratar de, no digamos ya imponer, sino proponer un juicio crítico y una evaluación de méritos, puede parecer -y quizás sea- injustificado atrevimiento de parte del que tales apreciaciones sugiera. Pero la información bibliográfica, el acopio de noticias y datos bibliográficos, las referencias a la época y a la sociedad en las que actuaron las escritoras, así como las implícitas o explícitas influencias de determinados hechos históricos en sus obras, son factores, digámoslo así, objetivos, comprobables y que, casi siempre, se ofrecen como el andamiaje alrededor del cual, y valiéndose a veces del cual, se plasmaron las obras literarias que nos interesan. De ahí la necesidad, o cuando menos la conveniencia, de conocer y tener a mano cuantas fuentes de información puedan -aunque indirectamente- echar algo de luz sobre el proceso de la creación poética, siempre estrechamente relacionado con las vivencias existenciales de sus autores. A veces, hechos en apariencia insignificantes, anecdóticos, intrascendentes, se ofrecen como la llave, la motivación oculta del carácter y, por ende, de las actuaciones concretas del ser.

El método histórico, aplicado a veces con exagerada rigidez y con el ingenuo convencimiento de que todo podía explicarlo -fueron posiblemente los excesos en este sentido de los historiadores literarios del siglo pasado los que explican el surgimiento y el afianzarse de la crítica estética de matriz idealista, entendida como reacción a las eruditas y exclusivistas orientaciones anteriormente mencionadas -no andaba, sin embargo, descarrilado en sus formulaciones teóricas y en sus propósitos concretos, al exigir y alistar un minucioso marco histórico en donde situar al personaje estudiado.

A esta técnica de investigación queremos, si no regresar, lo cual resultaría absurdo por limitativo, cuando menos inspirarnos, rescatándola en parte del olvido en que parecería haber caído por la sobreevaluación -generalmente aceptada hoy en día- de los parámetros estéticos y subjetivos con base en los cuales habría que juzgar la obra literaria.

No son muchos, como más adelante se verá al echar una mirada a las informaciones bibliográficas que acompañan estas notas, los que se han enfrentado con rigor crítico y satisfactoria preparación histórica al tema de nuestra investigación.

Por décadas no se ha ido más allá, en este terreno, de modestas antologías redactadas a veces con atinado criterio, carentes de serias justificaciones otras veces, mas siempre limitadas por su misma esencia: la de ser antologías. Se recopilaron poemas de una que otra autora, desde luego según los criterios estéticos y las preferencias personales del antólogo; se añadieron (y no siempre) escasos cuando no escasísimos datos biográficos (faltan por completo, así como toda noticia bibliográfica, en una obra en su época tan apreciada como *parnaso salvadoreño* de Salvador Erazo); se formularon escuetos juicios no siempre bien motivados y de allí no se pasó. Podemos decir que a este tipo de publicaciones pertenecen las más conocidas, usadas y viejas antologías que, como es natural, también incluyen composiciones de poetisas, aunque muchas sean ignoradas y las que se mencionan raramente disfruten de especiales cuidados: la que el nicaragüense Román Mayorga Rivas, aprovechando su larga estadía en El Salvador, publicó

entre 1882 y 1886 -*Guirnalda salvadoreña*-, tres gruesos tomos que se volvieron a editar, hace pocos años, por iniciativa del Ministerio de Cultura de El Salvador (edición fotostática) -probablemente la mejor, sobre todo habida cuenta de las limitaciones impuestas por la época- y la de Salvador Erazo, ya mencionada, editada en Barcelona por Maucci, al comienzo del siglo, en una colección de varios tomos dedicados, cada uno de ellos, a la poesía de los distintos países hispanoamericanos.

Es preciso llegar a épocas mucho más recientes para dar con contribuciones de mayor trascendencia. No solamente se publican nuevas antologías con criterios selectivos mucho más rigurosos -la de Francisco Espinoza, *100 años de poesía salvadoreña* (1951); Góchez Sosa, *Cien de las mejores poesías salvadoreñas* (1978); las de Escobar Galindo, *El árbol de todos* (1979), *Índice antológico de la poesía salvadoreña* (1982) y *Poesía femenina de El Salvador* (1976), que es la primera obra dedicada "ex profeso" a la poesía femenina salvadoreña- sino que menudean trabajos críticos que ofrecen, amén de valiosos análisis críticos, amplias selecciones de las obras estudiadas: *Desarrollo literario de El Salvador* de Juan Felipe Toruño (1958); *Poetas jóvenes de El Salvador* de José Roberto Cea (1960); *Estudios sobre poesía de Matilde Elena López* (1971); *Panorama de la literatura salvadoreña* de Luis Gallegos Valdés (1981). Antes de esta época, e inclusive antes de las obras de Salvador Erazo y Román Mayorga Rivas, las únicas fuentes de que podía disponer un hipotético estudioso de aquella poesía, eran las revistas, por cierto de notable importancia desde un punto de vista

de historia de la cultura y del desarrollo de las ideas: La Juventud salvadoreña, La quincena, el Repertorio del Diario del Salvador, Centro América intelectual y, fuera del área, el glorioso Repertorio Americano de Joaquín García Monge, sensible como pocos a los fermentos culturales, por lejos que brotaran.

Huelga decir que a muchas de estas publicaciones (y sobre todo a las más antiguas, por la obvia dificultad de cosechar datos e informaciones) somos deudores de noticias y descubrimientos y que recomendamos su consulta a quien se proponga ampliar sus estudios sobre el particular.

En nuestra época, como consecuencia del mayor desarrollo que han venido alcanzando las actividades culturales en los países del istmo -surgimiento de nuevas editoriales y revistas, creación de los Ministerios de Cultura, patrocinio de certámenes internacionales de poesía, participación, a veces en calidad de mecenas, de instituciones públicas y privadas en el quehacer cultural del país -se han publicado, también en El Salvador, excelentes obras de poesía a cargo, las más veces, de instituciones oficiales, gracias a cuyo esfuerzo podemos disponer hoy de toda o casi toda la obra de autores como Claudia Lars o Salarrué, para tan sólo mencionar dos nombres.

Al ocuparnos ya más formal y concretamente de la poesía femenina de El Salvador durante los últimos cien años aproximadamente, nos parece en extremo pertinente una larga cita del crítico (y poeta, historiador, novelista y dramaturgo) David Escobar Galindo, tenido, con toda razón, por uno de los más expertos cono-

cedores de la cultura centroamericana y que, según ya lo hemos informado, fue el primero en dedicar preferente atención a la poesía femenina de su país.

Al analizar esta producción, a veces modesta, casi siempre ingenua, de corte sentimental y romántico al inicio y que llega paulatinamente, y con hondas mutaciones, a nuestros días, Escobar Galindo escribe que se suceden, en esta poesía, temas y motivos, reiterados los unos, más novedosos los otros, aunque siempre curiosos e interesantes. “Desde la rosa ingenuamente romántica a la que canta con voz trémula Jesús López, hasta la rosa centifolia cantada por Claudia Lars, muchos lustros después, el motivo está ahí, como lo están los otros, tales la luna, el jardín, las aves, junto a los temas siempre entrañables en el corazón, ya que dejarían ellas de ser mujeres si esto no fuera así. La tradición neoclásica y romántica llega con sus ondas cada vez más cansadas hasta comienzos de los años 20, cuando en nuestra poesía femenina se marca el principio de una evolución verdaderamente fecunda y renovadora, con la aparición de Alice Lardé, Claudia Lars, Lilian Serpas, Tula Van Savern, Lydia Valiente, María Loucel, que imprimen en su verso inquietudes y ofrecen señalamientos originales: viene la década de los 20, cuando al lado de la producción creciente de las anteriores, Emma Posada y Mercedes Viaux Rochac (luego de Muñoz Ciudad Real) cultivan, el poema en prosa la primera, y la nota vernácula la segunda, en uno de sus poemas más significativos; hasta arribar a las décadas del 40 y el 50, en las que Matilde Elena López, Claribel Alegría, Lilian Jiménez, Elisa Huevo Paredes, Dora Guerra, Mercedes Durán

e Irma Lanzas expresan en sus poemas -con diferentes intensidades y matices- el dramatismo y los colores de la época. Siguen siendo, como sus antecesoras, intensamente femeninas, si bien ha brotado en ellas una inquietud que ya no es la meramente subjetiva de la mujer aislada en su pequeño mundo hogareño, sino que ahora se vuelca, con nueva fe y mejor preparación, hacia el entorno, para afrontar, con más inteligente seguridad, la problemática del presente tan complejo, al lado del hombre, considerado como compañero en la responsabilidad de la aventura vital.

Los temas, por ende, han ido transformándose a la par de la evolución intelectual y social de nuestras mujeres; y es que toda la realidad actual ha hecho relevante el imperativo de propiciar y formar una conciencia femenina más sensibilizada y consecuente con los cambios que viven las sociedades de nuestros países, lo cual repercute -y ha de repercutir más en el futuro- en la actitud y el desempeño de la mujer dentro de las diversas ramas del arte.

El amor se mantiene como llama votiva en el altar más íntimo; mas, eso sí, con un nuevo acento, a veces tan poético como antes, pero esclarecido por la historia, la ciencia y la filosofía, de las cuales pareciera haberse excluido injustamente a la mujer, por razones que no es del caso analizar. Un nuevo tono para cantar el amor, dado por la cultura a la que ahora ellas empiezan a tener acceso igual que los hombres, sin cortapisas ni tabúes, puesto que nadie puede ir contra su tiempo, en el que han sido corrientes poderosas el feminismo de las sufragistas anglosajonas de principio de este siglo y la participación de la mujer

en las luchas por una sociedad más democrática y más libre”.

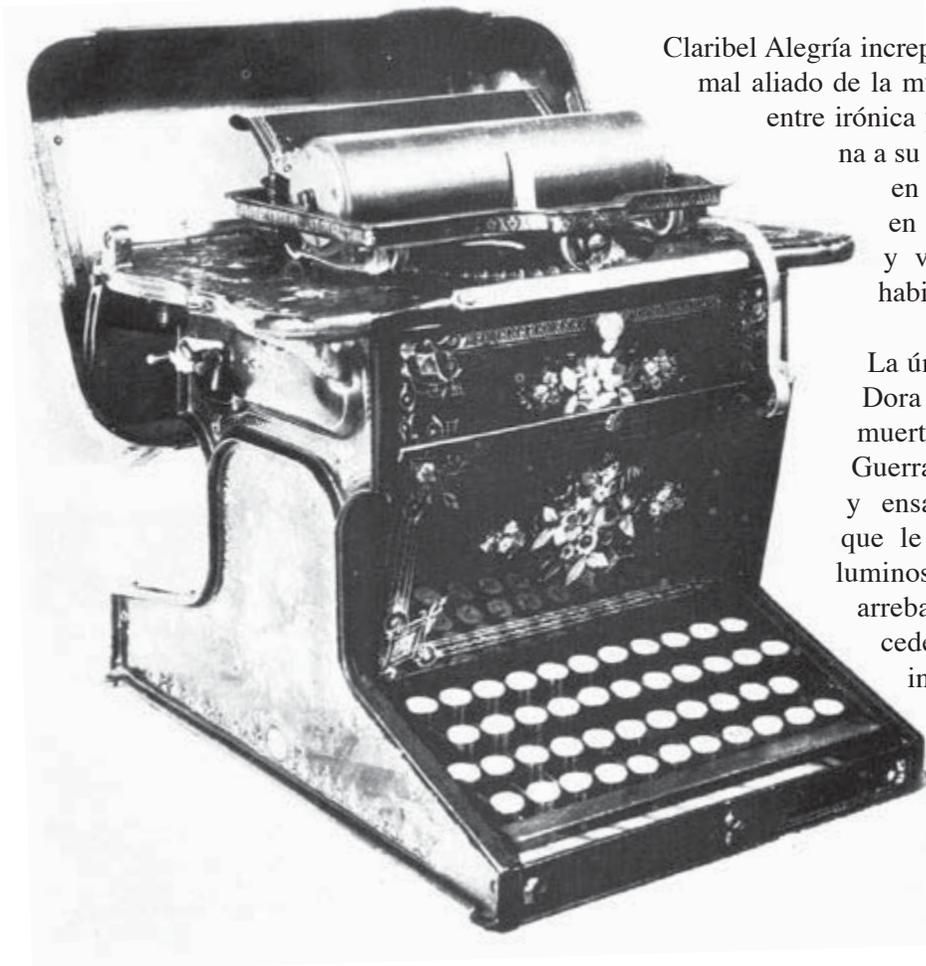
Analizada la obra de muchas poetisas menores, cuyos nombres fueron por años olvidados, David Escobar se acerca a las creadoras de hoy, empezando por la mayor de ellas, Claudia Lars: “Y del río ascendemos, sin esfuerzo, a la montaña, al leer los poemas de Claudia Lars, de cuya obra, de tan subida calidad y amplitud de onda lírica, sólo diremos que es bella y polifónica en motivos, tópicos y sugerencias, siempre renovados en las aguas lustrales de la eterna juventud. Como todo poeta lírico de excepción, su yo -el eje principal de su poesía- se transforma al soplo de la más leve emoción, reflejando



Claribel Alegría

en su verso el rico paisaje interior, aunque, desde luego, el externo no le sea ajeno. (. . .) Claudia trabajó su poesía con ahínco, con un ansia de perfección sostenida y ferviente. Ha sido, sin duda, la primera mujer nuestra que ofrendó por entero inspiración y vida al fuego de la creación poética, sin desmayos ni interrupciones, sacrificando exterioridades frívolas. Su lámpara, alimentada con los mejores óleos, brillará perennemente por haber sido la de una mujer sabia, apasionada de la belleza, que supo alejarse temprano de las vírgenes locas”.

Luego Tula Van Severn decanta su sentimiento profundo y universal en versos de fino valor estético. Lilian Serpas y Lydia Valiente abren sus voces desgarradas y ardientes, mientras Emma Posada y Mercedes Viaux Rochac son más apacibles y reflexivas. Juanita Soriano nos conmueve de inmediato con el patetismo del alumbramiento fallido. Elisa Huevo encierra en sonetos perfectos un pensamiento depurado. Y aparecen después Matilde Elena López y Lilian Jiménez, con voz desvelada la primera, en poemas de viva intensidad, y con dos cantos corales la segunda, dedicados a El Salvador y a la Mujer de América.



Claribel Alegría increpa al tiempo falaz y mal aliado de la mujer, en una misiva entre irónica y conmovida y torna a su Santa Ana añorada, en otro poema escrito en el lenguaje directo y vigoroso que le es habitual.

La única elegía es la de Dora Guerra a su padre muerto, el gran Alberto Guerra Trigueros, poeta y ensayista excepcional que le indicó el camino luminoso de la poesía. El arrebató lírico de Mercedes Durán es una inquietud traída por el viento y un casi doloroso destello nostálgico, pero a la vez ella sabe afinar su voz para decirnos, en versos de notable

sencillez, la tragedia del niño campesino muerto por una granada dejada al azar. Y al tiempo fugaz y engañoso, desvelo de tantas filosofías, detiéndolo Irma Lanzas con el alma transparente, como si dijera, con Lamartine; “¡Oh tiempo! ¡detén tu vuelo!”.

Las nuevas promociones femeninas nos saludan: Maya América Cortez, Sonia Myriam Kury y Claudia Herodier, cada una trayendo en el cuenco límpido de su voz el auroral mensaje, nacido al primer contacto con el mundo. El encuentro con el hombre -y consigo misma- en la ciudad caótica, que permite aflorar la emoción hecha palabras, en la primera de estas poetisas; la explicación lacerante del propio canto en la segunda; y , en la tercera, el “fino amanecer” de una sensibilidad lírica contenida.

Ahí está, en versos de fino valor estético. Lilian Serpas y Lydia Valente abren sus voces desgarradas y ardientes, mientras Emma Posada y Mercedes Viaux Rochac, son más apacibles y reflexivas. Juanita Soriano nos conmueve de inmediato con el patetismo del alumbramiento fallido. Elisa Huevo, encierra en sonetos perfecto un pensamiento depurado. Y aparecen después Matilde Elena López y Lilian Jiménez, con voz desvelada la primera, en poemas de viva intensidad, y con dos cantos corales la segunda, dedicados a El Salvador y la Mujer de América.

Claribel Alegría increpa al tiempo falaz y mal aliado de la mujer, en una misiva entre irónica y conmovida y torna a su Santa Ana añorada, en otro poema escrito en el lenguaje directo y vigoroso que le es habitual.

La única elegía es la de Dora Guerra a su padre muerto, el gran Alberto Guerra Trigueros, poeta y ensayista excepcional que le indicó el camino luminoso de la poesía. El arrebató lírico de Mercedes Durán es una inquietud traída por el viento y un casi doloroso destello nostálgico, pero a la vez ella sabe afinar su voz para decirnos, en versos de notable sencillez, la tragedia del niño campesino muerto por una granada dejada al azar. Y al tiempo fugaz y engañoso, desvelo de tantas filosofías, detiéndolo Irma Lanzas con el alma transparente, como si dijera, con Lamartine; “Oh tiempo! ¡detén tu vuelo!”.

Las nuevas promociones femeninas nos saludan: Maya América Cortez, Sonia Myriam Kury y Claudia Herodier, cada una trayendo en el cuenco límpido de su voz el auroral mensaje, nacido al primer contacto con el mundo. El encuentro con el hombre -y consigo misma- en la ciudad caótica, que permite aflorar la emoción hecha palabras, en la primera de estas poetisas; la explicación lacerante del propio canto en la segunda; y, en la tercera, el “fino amanecer” de una sensibilidad lírica contenida.

Ahí está, pues la evidencia de lo que nuestras mujeres poetas han realizado, y siguen realizando, a través del tiempo

Bien pueden ofrecerse estas páginas de Escobar Galindo -por lo menos en nuestro leal saber y entender- como acertado y sabiamente medido prólogo a la poesía femenina de su país, pese a todo lo que, forzosamente, hay en ellas de apenas insinuado, de sintético, de resumido. Pero descubren senderos y pistas que desembocan en anchas carreteras, que cumplen estupendamente

con su función de comunicar y hermanar a los seres, función peculiar tanto de la poesía como, eso es, de las carreteras.